

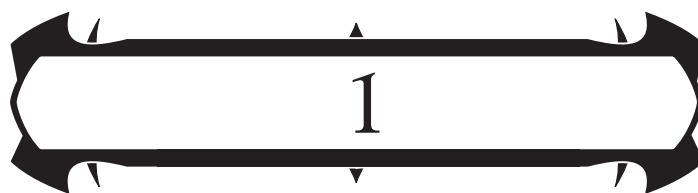
El agua durmiente

Un libro de La Compañía Negra
Tercer libro de Piedra reluciente

Traducción:
Raquel Faes Díaz



Glen Cook



En aquellos días la Compañía Negra no existía, lo sé porque hubo leyes y decretos que me lo confirmaron. Y a pesar de ello, no me sentía totalmente inútil.

El estandarte de la Compañía, su capitán y teniente, su portaestandarte, y todos los hombres que la habían hecho tan terrible habían muerto y estaban enterrados vivos en el corazón de un vasto desierto de piedra. En las calles y callejones de Taglios se susurraba «Piedra reluciente», y desde las alturas, los poderosos proclamaban «Se han ido a Khatovar», convirtiendo en gran triunfo lo que habían decidido evitar durante tanto tiempo, una vez que la radisha, o la protectora, o alguna otra persona, decidiera que la gente debía creer que la Compañía había cumplido su destino.

Cualquiera lo bastante viejo como para recordar a la Compañía sabía hacer mejor las cosas. Tan solo cincuenta personas se embarcaron en la aventura de aquella llanura de la piedra reluciente. La mitad de ellos no habían pertenecido a la Compañía, y solo dos habían regresado para mentir sobre lo que había sucedido. Un tercero que había regresado para comerciar con la verdad había muerto en las guerras de Kiaulune, lejos de la capital. Pero las mentiras de Atrapa Almas y Sauce Swan no engañaban a nadie, ni entonces ni ahora. La gente simplemente fingía creerles porque era más seguro.

Podrían haber preguntado por qué Mogaba necesitaba cinco años para conquistar una Compañía que había desaparecido, despilfarrando miles de vidas jóvenes para traer los dominios de Kiaulune al gobierno de la radisha y las retorcidas verdades de la protectora. Podrían haber mencionado que quienes decían ser de la Compañía Negra habían resistido durante años en Atalaya después de lo ocurrido hasta que la protectora, Atrapa Almas, acabó por impacientarse tanto por su intransigencia que invirtió su propia mejor brujería en un proyecto de dos años que redujo la enorme fortaleza a polvo, escombros, y huesos blancos. Podrían haber sacado a colación estos aspectos, pero en su lugar, permanecieron en silencio. Tenían miedo, y lo tenían con razón.

El Imperio tagliano bajo el protectorado es un imperio del miedo.

Durante los años de la resistencia, un héroe desconocido se ganó el odio eterno de Atrapa Almas por sabotear la Puerta de las Sombras, la única puerta de acceso a la llanura reluciente. Atrapa Almas era la hechicera viva más poderosa. Podría haberse convertido en la Maestra de las Sombras que eclipsara a los monstruos que la Compañía había derrotado durante sus anteriores guerras en nombre de Taglio. Sin embargo, con la Puerta de las Sombras sellada, no podía evocar sombras asesinas más poderosas que las pocas decenas que había controlado cuando trabajó en su traición a la Compañía.

Ah, pero sí que podía abrir la Puerta de las Sombras. Una vez. Aunque una vez abierta, no sabía cómo cerrarla, lo que quería decir que todo lo que había dentro sería libre de salir serpenteando y comenzar a atormentar el mundo.

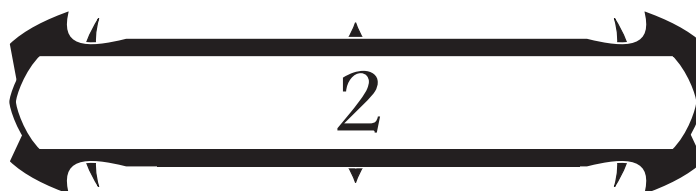
Lo que quería decir que para Atrapa Almas, parte de tan pocos secretos, la elección debía ser o todo o muy poco. El fin del mundo o arreglárselas para evitarlo.

Por el momento, se las está arreglando y desarrollando continuas investigaciones. Ella es la protectora. El miedo a ella inunda el imperio. No existen retos para su terror, pero incluso ella sabe que esta era de oscura concordia no puede perdurar.

El agua duerme.

En sus hogares, en los ensombrecidos callejones, en los diez mil templos de la ciudad, los nerviosos susurros nunca cesan. «El Año de los Cráneos. El Año de los Cráneos.» Es una era en la que no muere ningún dios, y los que duermen se agitan sin descanso.

En sus hogares, en los ensombrecidos callejones o campos de cereales o arrozales empapados, en los pastos y bosques y ciudades tributarias, si se ve un cometa en el cielo o una tormenta fuera de estación esparce la devastación, o, particularmente, si se agita la tierra, murmuran: «El agua duerme». Y tienen miedo.



Me llaman Dormilón. De niño era retraído, me escondía de los horrores de mi infancia en la comodidad y la seguridad de ensoñaciones y pesadillas. Siempre que no tenía que trabajar, iba allí a esconderme. Allí, el mal no podía tocarme. No conocí un lugar más seguro hasta que la Compañía Negra llegó a Jaicur.

Mis hermanos me acusaban de dormir todo el tiempo y les molestaba mi capacidad de escabullirme. No entendían nada. Murieron sin llegar a entender nada. Yo seguía durmiendo. No me desperté del todo hasta que estuve en la Compañía unos cuantos años.



Hoy sigo conservando estos Anales. Alguien tiene que hacerlo y nadie más puede, aunque el título de analista nunca me ha sido concedido formalmente.

Existen precedentes.

Los libros deben ser escritos. La verdad debe ser documentada incluso si el destino decreta que ningún hombre lea jamás ni una palabra de lo que escribo. Los Anales son el alma de la Compañía Negra. Ellos sirven de memoria de que esto es lo que somos, de que esto es lo que éramos, de que debemos perseverar. Y de que la traición, como siempre, no consiguió chupar la última gota de nuestra sangre.

Ya no existimos, es lo que nos dice la protectora. La radisha lo jura. Mogaba, ese poderoso general con sus mil oscuros honores, desprecia nuestra memoria y escupe sobre nuestro nombre. Para la gente de la calle no somos más que un recuerdo maligno e inquietante. Atrapa Almas es la única que no mira por encima de sus hombros para ver lo que podría estar ganando terreno.

Somos fantasmas testarudos. No vamos a descansar, no vamos a dejar de inquietarles. Durante mucho tiempo no hemos hecho nada, pero aún tienen miedo. Su culpa no puede dejar de susurrar nuestro nombre.

Vaya si deberían tener miedo.

En algún lugar de Taglios, cada día, un mensaje aparece sobre una pared, escrito a tiza o con pintura, o incluso con sangre de algún animal. Solo un pequeño recordatorio: el agua duerme.

Todo el mundo sabe lo que eso significa. Lo susurran, conscientes de que existe un enemigo ahí fuera más agitado que el agua corriente. Un enemigo que, de alguna manera, algún día, saldrá a bandazos de la boca de su tumba y vendrá a por aquellos que jugaron a la traición. No conocen ninguna fuerza que pueda evitarlo. Se les advirtió de ello diez mil veces antes de que sucumbieran a la tentación. Ahora ningún mal puede protegerlos.

Mogaba tiene miedo.

La radisha tiene miedo.

Sauce Swan tiene tanto miedo que apenas es capaz de nada, como el hechicero anterior a él, Humo, a quien acusó y tormentó por su cobardía. Swan conocía la Compañía de los viejos tiempos, en el norte, antes de que nadie aquí la reconociese como más que un oscuro recuerdo de un terror antiguo. Los años no han visto durezas en el miedo de Swan.

Purohita Drupada tiene miedo.

El inspector general Gokhale tiene miedo.

La protectora es la única que no tiene miedo. Atrapa Almas no le teme a nada. A Atrapa Almas no le importa nada. Se mofa y desafía al demonio. Está chalada. Se reiría a carcajadas y se tomaría como un espectáculo su propio cuerpo consumido por las llamas.

Su ausencia de miedo deja a sus secuaces en un lugar mucho más problemático, ya que ellos saben que ella los conducirá de cabeza a las trituradoras mandíbulas del destino.

De vez en cuando aparece otro mensaje en alguna pared, una nota más personal: «Todos sus días están contados».

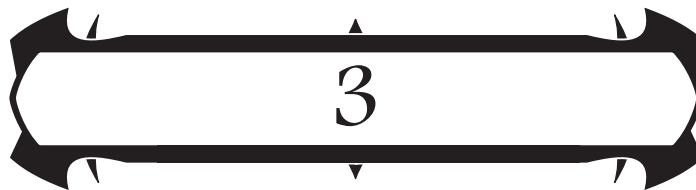
Yo estoy en la calle cada día, bien yendo al trabajo, a espiar, escuchar, captar rumores o lanzar algunos nuevos dentro del anonimato de *Chor Bagan*, el Jardín de los Ladrones, que incluso los grises aún no han sido capaces de extirpar. Solía disfrazarme de prostituta, pero resultó ser demasiado peligroso, hay gente ahí fuera que hace que la protectora parezca la cordura en persona. Es una suerte extraordinaria que el destino les niegue el poder de ejercer la profundidad y alcance de sus psicosis en toda su extensión.

La mayoría de las veces voy disfrazado de joven, como solía hacer siempre. Desde el final de las guerras, todo está lleno de jóvenes desarraigados.

Cuanto más bizarro sea el nuevo rumor, más rápido se propaga fuera de Chor Bagan y con mayor fuerza roe los nervios de nuestros enemigos. Siempre, siempre, Taglios debe disfrutar de una sensación de nefasta premonición. Debemos darles su ración de augurios, señales y presagios.

La protectora nos caza en sus momentos más lúcidos, pero nunca permanece interesada durante mucho tiempo. Es incapaz de centrar su atención en ninguna cosa. ¿Por qué iba a preocuparle? Estamos muertos, ya no existimos, ella misma ha declarado que esa es la realidad. Como protectora es el gran árbitro de realidad para todo el Imperio tagliano.

Pero: «El agua duerme».



En aquellos días, la espina dorsal de la Compañía era una mujer que nunca se nos unió formalmente, la hechicera Ky Sahra, esposa de mi predecesor como analista Murgén, el portaestandarte. Ky Sahra era una mujer inteligente con una voluntad como el acero afilado. Incluso Goblin y Un Ojo le concedían eso. No se dejaba intimidar por nadie, ni siquiera por su anciano y malvado tío Doj. Temía a la protectora, la radisha y los grises tanto como podía temerle a un repollo. Las malas intenciones de los Impostores, su mesías la Hija de la Noche y su diosa Kina no intimidaban a Sahra en absoluto. Había mirado en el corazón de la oscuridad y sus secretos no inspiraban ningún pavor en ella. Solo había una cosa que hiciera a Sahra temblar.

Su madre, Ky Gota, era la encarnación del descontento y la queja. Sus lamentos y reproches eran de una potencia tal que la hacían parecer un avatar de alguna irritada deidad aún no descubierta por la humanidad.

Nadie quiere a Ky Gota excepto Un Ojo, e incluso él la llama Trol a sus espaldas.



Sahra se estremeció cuando su madre entró cojeando lentamente en una habitación que de repente se había quedado en silencio. Ahora no teníamos el poder, teníamos que usar las mismas escasas habitaciones para todo. Tan solo un tiempo atrás, estas habitaciones estaban llenas de holgazanes, una compañía, la mayoría empleados de Banh Do Trang. Todos nos quedamos mirando a la anciana, esperando que se diese prisa, que pasase por alto esta oportunidad de hacer vida social.

El anciano Do Trang, tan débil que estaba recluso en una silla de ruedas, se desplazó hasta Ky Gota, con la evidente esperanza de que una muestra de preocupación la hiciera seguir avanzando.

Todo el mundo quería siempre que Gota se fuese a otra parte.

En esta ocasión, el sacrificio del anciano surtió efecto. Era verdad que ella se había encontrado incómoda ya que no había arengado a los más jóvenes.

El silencio persistió hasta que volvió el viejo mercader. Él era el propietario del lugar, y nos permitía usarlo como nuestra base de operaciones. No nos debía nada y aun así compartía el peligro con nosotros por amor a Sahra. Siempre se debía escuchar sus opiniones y honrar sus deseos.

Do Trang volvió cansinamente sobre sus cuatro ruedas tras no permanecer fuera demasiado tiempo. El hombre que ocultaban esas manchas en su piel parecía tan frágil que debía de ser un milagro que pudiese mover la silla él solo.

Sahra nos dijo:

—Todo está en su sitio. Se han vuelto a comprobar todas las fases y facetas. Goblin y Un Ojo están sobrios. Es hora de que la Compañía se haga oír. —Echó un vistazo a su alrededor, como invitando a los comentarios.

Para mí, el momento no había llegado, pero ya lo había dejado claro cuando ideé este plan y nadie había votado a favor. Me permití un gesto de desprecio y encogí los hombros.

Como no había ninguna nueva objeción, Sahra continuó:

—Comenzad la primera fase. —Hizo un gesto a su hijo. Tobo asintió y se escabulló.

Tobo era un muchacho flaco, desaliñado y de apariencia sospechosa. Era un nyueng bao, lo que quería decir que tenía que ser un ratero y un ladrón y se debía vigilar cada uno de sus movimientos. En consecuencia, como le observaban todo el tiempo, nadie examinaba detalladamente lo que hacía mientras que no acercara las manos a alguna cartera descuidada o algún tesoro de tenderete. La gente no buscaba lo que no esperaba ver.

Las manos del chico permanecían tras su espalda, y mientras que las mantuviera ahí, no era considerado una amenaza, ya que no podía robar. Nadie reparaba en las pequeñas manchas descoloridas que dejaba en cualquier pared sobre la que se apoyase.

Los niños gunni se le quedaban mirando por lo extraño que era con su vestimenta de pijama. Los gunni dan una buena educación a sus hijos, los gunni son un pueblo pacífico, en su mayor parte. Los niños shadar, sin

embargo, están hechos de una pasta más dura. Son más valientes, su religión tiene sus raíces en la filosofía del guerrero. Algunos jóvenes shadar se proponen acosar al ladrón.

¡Y por supuesto que era un ladrón! Era un nyueng bao, y todos sabían que los nyueng bao eran ladrones.

Los shadar mayores llamaban a los más jóvenes y les decían que del ladrón se encargarían los responsables correspondientes.

La religión shadar también tiene su ramalazo de rectitud burocrática.

Incluso un alboroto tan insignificante atraía la atención oficial. Tres pacificadores shadar con armaduras grises, altos, con barba y turbantes blancos se abrieron paso entre los medios de comunicación. Miraban a su alrededor constantemente, con intención, olvidándose del hecho de que viajaban en una isla de espacio abierto. Las calles de Taglios están abarrotadas, día y noche, y aun así las masas siempre encuentran sitio para escabullirse de los grises. Los grises son todos los hombres que tienen dureza en los ojos, que parecen haber sido escogidos por su falta de paciencia y compasión.

Tobo se deslizó entre la multitud como una serpiente negra entre los juncos de un pantano. Cuando los grises interrogaron sobre el alboroto, nadie pudo describir al chico de ninguna otra forma que lo que les permitían suponer sus prejuicios: un ladrón nyueng bao. Y en Taglios había una plaga de ellos. En aquellos días la capital rebosaba de toda clase de extranjeros. Todos los holgazanes, ignorantes y rufianes a lo largo y ancho del imperio emigraban a la ciudad. La población se había triplicado en una generación, pero si fuese por la cruel eficacia de los grises, Taglio se habría convertido en un agujero caótico y criminal, las llamas de un infierno cuyo combustible eran la pobreza y el desprecio.

La pobreza y el desprecio existían por doquier, pero el palacio no permitía que ningún disturbio echara raíces. Al palacio se le daba bien descubrir nuestros secretos, de modo que las carreras criminales tendían a ser más bien cortas, al igual que las vidas de la mayoría que pretendiese conspirar contra la radisha o la protectora. En particular la protectora, a quien no le causaba especial preocupación la santidad de la piel de ninguna otra persona.

En épocas pasadas, la intriga y conspiración habían sido una nociva plaga que afectaba a toda la vida en Taglios, pero de eso ya quedaba poco. La protectora no lo aprobaba, y la mayoría de los taglianos se desvivían por ganarse su aprobación. Incluso el clero evitaba el desprecio de Atrapa Almas.

En algún momento, la vestimenta negra del chico se soltó y le dejó solo con el taparrabos de estilo gunni que llevaba debajo. Ahora tenía el aspecto de cualquier otro joven, solo que con una piel un poco más ictérica. Estaba a salvo, había crecido en Taglios, no tenía ningún acento que le delatase.

4

Era el tiempo de espera, la quietud, el no hacer nada que abunda antes de cualquier acción seria. Había perdido la práctica. No podía echarme para atrás y jugar al tonk o quedarme mirando mientras Un Ojo y Goblin intentaban estafarse el uno al otro. Además, tenía calambres de escritor, de modo que no podía trabajar en mis Anales.

—¡Tobo! —llamé—. ¿Quieres ir a ver cómo sucede?

Tobo tenía 14 años y era el más joven de nosotros. Creció en la Compañía Negra. Tenía exuberancia e impaciencia jóvenes en abundancia y también confiaba demasiado en su propia inmortalidad y exención divina de la retribución. Disfrutaba de los encargos de la Compañía. No estaba demasiado seguro de creer en su padre, nunca lo conoció. Nosotros nos esforzamos mucho en evitar que se convirtiese en el niño mimado de nadie, pero Goblin insistía en tratarlo como a un hijo pródigo. Intentaba hacer de su tutor.

El dominio del tagliano escrito de Goblin era más limitado de lo que él admitía. Estaba compuesto por cien caracteres utilizados en el lenguaje vulgar del día a día y cuarenta más que estaban reservados a los sacerdotes, que escriben en el modo alto, un lenguaje formal secundario que casi nadie habla. Para el registro de estos Anales, yo uso una mezcla de los dos.

Una vez que Tobo aprendió a leer, «el tío» Goblin le obligaba a hacerlo en voz alta para él.

—¿Puedo ponerle algunos botones más, Dormilón? Mamá piensa que atraerían más atención en el palacio.

Me sorprendió que hablara con ella durante tanto tiempo. Los chicos de su edad son, como poco, hoscos; él era grosero con su madre la mayor parte del tiempo, y lo habría sido más, y también más desafiante, si no hubiese sido bendecido con tantos «tíos» que no toleraban esa clase de actitud. Naturalmente, Tobo veía todo aquello como una gran conspiración de los adultos. Eso sí, en público, porque en privado, y de vez en cuando, era susceptible a la razón, siempre que alguien que no fuese su madre se le acercase delicadamente.

—Unos pocos, quizá. Pero pronto oscurecerá y después comenzará el espectáculo.

—¿De qué vamos a ir vestidos? No me gusta cuando vas de puta.

—Vamos a ir de huérfanos callejeros.

Aunque aquello también tenía sus riesgos. Podíamos ser capturados por una pandilla de prensa y ser obligados a alistarnos en el ejército de Mogaba. Hoy en día sus soldados tienen una categoría un poco mejor que la de esclavos. Están sujetos a una disciplina salvaje. Muchos de ellos son delincuentes insignificantes a los que se les da la opción de la

dura justicia o alistarse, y el resto son hijos de la pobreza con ningún otro lugar a donde ir. Este era el estándar de hombres de ejército profesionales como los que había visto Murgan en el lejano norte, mucho antes de mi época.

—¿Por qué te preocupas tanto por los disfraces?

—Si no mostramos la misma cara más de una vez, nuestros enemigos no tienen forma de saber a quién están buscando. No los subestimes nunca, especialmente a la protectora. Ha burlado a la misma muerte más de una vez.

Tobo no estaba preparado para creer ni eso ni la mayoría del resto de nuestra exótica historia. Aunque no de una forma tan insoportable como la mayoría, estaba pasando por esa etapa en la que sabía todo lo que valía la pena saber y nada de lo que dijese sus mayores (especialmente si contenía algún tipo de matiz educativo) era digno de ser escuchado. No lo podía evitar, iba con la edad.

Y yo tenía mi propia edad, y no podía evitar decir cosas que sabía que no iban a hacer ningún bien.

—Está en los Anales, tu padre y el capitán no se inventaron historias.

Tampoco quería creerse eso, así que dejé de insistir. Cada uno de nosotros debe aprender a respetar los Anales a nuestro modo, a su tiempo. El estado de apocamiento de la Compañía dificulta que se pueda captar el concepto de tradición. Solo hay dos hermanos de la Vieja Banda que sobrevivieron a la trampa de Atrapa Almas en la llanura de piedra y a las guerras de Kiaulune que vinieron después. Goblin y Un Ojo son, desafortunadamente, ineptos para transmitir la mística de la Compañía: Un Ojo es demasiado vago y Goblin tiene demasiada dificultad para expresarse. Yo era aún prácticamente un aprendiz cuando la Vieja Banda se aventuró hacia la llanura en la búsqueda de Khatovar del capitán, que, por cierto, no encontró. No el Khatovar que estaba buscando, en cualquier caso.

Estoy asombrado. Dentro de poco, tendré veinte años de veteranía. Casi no llegaba a los catorce cuando Bucket me acogió bajo su ala... Pero yo nunca fui como Tobo. A los catorce yo ya era un anciano del dolor. Después, durante años, Bucket me rescató, rejuvenecí...

—¿Qué?

—¿Que por qué pareces tan enfadado de repente?

—Estaba recordando cuando tenía catorce años.

—Las chicas lo tienen tan fácil... —Se calló. Se quedó blanco. Su ascendencia norteña se hizo patente: era un asqueroso arrogante y mimado, pero tenía suficiente cerebro como para reconocer cuándo ponía un pie en un nido de serpientes venenosas.

Le conté lo que sabía, no lo que no sabía.

—Cuando yo tenía catorce años, la Compañía y nyueng bao estaban atrapados en Jaicur. Aquí lo llaman Dejagore.

El resto ya no importa, está en un lugar seguro del pasado.

—Ahora ya casi no tengo pesadillas.

Tobo ya había oído mucho más de lo que habría deseado nunca sobre Jaicur, ya que su madre, abuela y tío Doj también habían estado allí.



—Goblin dice que estos botones nos van a dejar impresionados —susurró Tobo—, no solo emiten luces espeluznantes, también pueden remorder la conciencia de alguien.

—Eso sería inusual. —La conciencia era una rara comodidad en ambos lados de nuestra disputa.

—¿De verdad conocías a mi padre?

Tobo había oído historias sobre él toda su vida, pero últimamente quería saber más. Murgen había empezado a importarle más que solo de boquilla.

Le dije lo que ya le había dicho antes:

—Era mi jefe. Me enseñó a leer y escribir, era un buen hombre. —Solté una risa débil—. Tan bueno como puede ser un hombre que pertenece a la Compañía Negra.

Tobo se detuvo y respiró profundamente. Se quedó mirando a algún punto del anochecer, por encima de mi hombro izquierdo.

—¿Erais amantes?

—No, Tobo, no. Amigos, casi. Pero desde luego no amantes. Él no supo que yo era una mujer hasta justo antes de irse a la llanura reluciente, y yo no sabía que él lo sabía hasta que leí estos Anales. Nadie lo sabía. Todos pensaban que yo era solo un renacuajo muy mono que no crecía nunca. Yo dejé que pensarán eso, me sentía más segura como uno de los chicos.

—Ah.

Su tono fue tan neutral que tuve que preguntar:

—¿Y por qué lo has preguntado?

No tenía ninguna razón para creer que yo me comportaba diferente antes de conocerme.

—Solo por curiosidad.

Algo debió de haberle motivado a ello, probablemente un «Me pregunto si...» de Goblin o Un Ojo mientras degustaban un poco de su veneno de elefantes casero.

—Yo no pregunté. ¿Has puesto los botones detrás del espectáculo de sombras?

—Eso es lo que me dijeron que hiciera.

Un espectáculo de sombras utiliza marionetas recortables montadas sobre palos. Algunas de sus extremidades se mueven mecánicamente y una vela que hay detrás proyecta sus sombras en una pantalla de tela blanca. El titiritero tiene todo un registro de voces para contar su historia mientras hace maniobras con sus marionetas. Si es suficientemente entretenido, el público le tira algunas monedas.

Este titiritero en particular había actuado en el mismo sitio durante más de una generación. Dormía dentro del montaje de su escenario, y, haciéndolo, vivía mejor que la mayoría de la población flotante de Taglios.

Era un informador y no era querido por la Compañía Negra.

La historia que contaba, como casi todas las historias, se extraía del mito. Nació del ciclo Khadi en ella se veía envuelta una diosa con demasiados brazos que no paraba de devorar demonios.

Obviamente, todo el rato devoraba a la misma marioneta demoníaca, más o menos como en la vida real, donde el mismo demonio regresa una y otra vez.

De los tejados del oeste colgaba tan solo un toque de color.

Hubo un grito desgarrador. La gente se paró a mirar una luz naranja chillona, de detrás del puesto del titiritero salía, tambaleándose, un humo naranja brillante. Las cuerdas meneaban el bien conocido emblema de la Compañía Negra: una calavera con colmillos y sin mandíbula inferior de la que brotaban llamas. El fuego escarlata en la cuenca de su ojo izquierdo parecía una pupila que miraba fijamente dentro de ti y buscaba aquello que más temías.

Lo del humo duró solo unos segundos, y alcanzó los tres metros antes de dispersarse y dejar como resultado un aterrorizado silencio. El aire mismo parecía susurrar «El agua duerme».

Un quejido, un destello, y apareció una segunda calavera. Esta era dorada con un ligero tinte azul. Duró más que la anterior y se elevó tres metros más antes de perecer. Susurraba: «Mi hermano no perdonado».

—¡Que vienen los grises! —exclamó alguien lo suficientemente alto como para ver la multitud. Ser bajo me pone fácil desaparecer entre la gente, pero también me dificulta ver lo que está sucediendo más allá.

Los grises nunca están lejos. Sin embargo, contra este tipo de cosas no tienen nada que hacer. Pueden ocurrir en cualquier sitio en cualquier momento, y tienen que ocurrir antes de que ellos reaccionen. Nuestra supuesta regla inquebrantable es que los autores nunca deberían estar cerca cuando los botones hablan. Los grises entienden eso, ellos solo se ocupan de los movimientos. La protectora debe de estar apaciguada, los pequeños shadar deben ser alimentados.

—¡Ahora! —exclamó Tobo cuando llegaron cuatro grises. Un alarido estalló desde detrás del escenario del titiritero e incluso hizo que él mismo saliese corriendo, apabullado, y se inclinase hacia su escenario con la boca abierta. Hubo un destello menos brillante, pero más persistente que sus predecesores y la subsiguiente imagen de humo fue más compleja y también duró más. Parecía ser un monstruo. El monstruo se centró en los shadar. Uno de los grises articuló su nombre: «Niassi».

Niassi era un demonio principal en la mitología shadar. En las creencias gunni existe un demonio similar bajo un nombre diferente.

Niassi era el jefe del círculo interior de los demonios más poderosos. Las creencias shadar, siendo Vehdna heréticas, incluyen un infierno póstumo y punitivo, pero también, sin lugar a dudas, la posibilidad de un infierno de tipo gunni en la tierra, en vida, gestionado por demonios a merced de Niassi, enviados para los particularmente traviesos. A pesar de comprender que estaban siendo objeto de una mofa, los grises se conmocionaron. Esto era algo nuevo, esto era un ataque que provenía de una dirección sensible y no prevista. Para ponerle la guinda al pastel, todo esto ocurría entre uno de los rumores más fuertes que había habido que asociaban a los grises con los viles ritos que supuestamente practicaba la protectora.

Los niños desaparecen. La razón sugiere que esto es inevitable e ineludible en una ciudad tan enorme y superpoblada, incluso si no hay



ningún hombre malvado esperando en el exterior. Los bebés se esfuman tras merodear por ahí y perderse, y hay cosas horribles que le ocurren a la gente buena. Un rumor astuto y maligno puede reasignar el entumecido mal de la posibilidad a la premeditada malicia de gente en la que nadie había confiado igualmente.

La memoria se vuelve selectiva.

No nos importa mentir un poco sobre nuestros enemigos.

Tobo gritó algo insultante. Yo comencé a tirar de él y traerlo a nuestra guarida. Otros empezaron a maldecir y a burlarse de los grises y Tobo lanzó una piedra que golpeó el turbante de uno de ellos. Estaba demasiado oscuro para que pudieran distinguir ninguna cara. Comenzaron a desenfundar varas de bambú y los ánimos de la multitud se exaltaron. No pude evitar sospechar que había algo más allá del espectáculo demoníaco que no había captado el ojo. Conocía a nuestros mansos hechiceros y sabía que los taglianos no perdían el control tan fácilmente. Toda la gente que vive en una proximidad tan artificialmente cercana necesita una enorme cantidad de paciencia y autocontrol.

Busqué con la mirada cuervos, murciélagos revoloteando, o cualquier otra cosa que pudiera ser espía de la protectora. Tras la caída de la noche, todos nuestros riesgos se disparan: no podemos ver lo que podría estar vigilándonos. Me agarré del brazo de Tobo.

—No deberías haber hecho eso, está lo suficientemente oscuro para que salgan las sombras.

A él esto no le impresionó.

—Goblin se va a alegrar. Pasó mucho tiempo trabajando en esto y ha funcionado a la perfección.

Los grises soplaron sus silbatos para reunir refuerzos.

Un cuarto botón soltó su fantasma de humo, pero nos perdimos el espectáculo. Tiré de Tobo a lo largo de todas las sombras entre la agitación y nuestra base para que se explicase ante los tíos dentro de poco. Aquellos para los que la paranoia sigue siendo una forma de vida serán los que estén ahí para saborear las múltiples venganzas de la Compañía. Tobo necesitaba más entrenamiento. Su comportamiento podría haber sido aprovechado por un adversario inteligente.



Sahra me hizo llamar tan pronto como llegamos, no para regañarme por permitir que Tobo corriera riesgos estúpidos, sino para que observase cómo lanzaba su siguiente movimiento. Quizás ya fuese hora de que Tobo se encontrase con algo que le asustase de verdad. La vida subterránea no perdona y muy raramente te da una segunda oportunidad. Y Tobo tenía que entender esto en su corazón.

Después de que Sahra me interrogase sobre los hechos ocurridos fuera, se aseguró de que Goblin y Un Ojo estuvieran también al corriente de su disgusto. Tobo no estaba allí para defenderse.

Ellos no se dejaron amedrentar. Ningún despropósito de cuarentona como aquella iba a intimidar a dos veteranos como ellos. Además, ellos habían incitado a Tobo en cierta parte de su travesura.

Sahra dijo:

—Voy a convocar a Murgen.

No parecía demasiado segura. No le había consultado mucho recientemente y todos nos preguntábamos por qué. Ella y Murgen eran un matrimonio por amor místico que llevaba a las espaldas todo el equipamiento que conllevan las historias eternas, incluyendo a dioses desafiados, padres decepcionados, separaciones desesperadas y reencuentros, conspiraciones de enemigos y demás. Lo que les quedaba por hacer era que uno descendiese al reino de los muertos para rescatar al otro y ahora mismo, Murgen se cobijaba en un frío y agradable infierno subterráneo, cortesía de la chalada hechicera Atrapa Almas. Él y todos los Tomados seguían vivos, en un estado atemporal, bajo la llanura de la piedra reluciente en un lugar y situación que nosotros solo conocíamos porque Sahra invocaba el espíritu de Murgen.

¿Sería tal estado atemporal el problema? Sahra envejecía cada día más y Murgen no. ¿Había ella empezado a temer ser más vieja que su madre antes de que liberasen a los Tomados?

Tristemente, y tras años de estudio, me doy cuenta de que la historia podría realmente girar alrededor de consideraciones personales como esta y no alrededor de la lucha por la consecución de ideales, ya sean oscuros o inmaculados.

Hace mucho tiempo que Murgen había aprendido a abandonar su cuerpo mientras dormía. Aún conservaba algo de esta capacidad, pero por desgracia se vio disminuida por las restricciones sobrenaturales de su cautividad. No podía hacer nada fuera de la caverna de los ancianos sin ser convocado por Sahra, o, probablemente (y de manera escalofriante), por alguno de los otros nigromantes que supieran llegar a él.

El fantasma de Murgen era nuestro espía supremo. Fuera de nuestro círculo, nadie podía detectar su presencia aparte de Atrapa Almas. Él nos informaba de todas y cada una de las conspiraciones de nuestros enemigos, aquellas que sospechábamos lo suficiente como para pedirle a Sahra que investigase. El proceso era pesado y bastante limitado, pero aun así, Murgen era nuestra arma más potente: sin él no podíamos sobrevivir.

Y Sahra estaba siendo más reacia que nunca a convocarle.

Quién sabe, es difícil seguir teniendo fe. Muchos hermanos la han perdido y han desaparecido en el caos del imperio. Otros, en cambio, ven su fe renovada siempre que conseguimos uno o dos éxitos remarcables.

Los años han sido dolorosos para Sahra: se cobraron sus tres hijos, una agonía que ningún padre que ama a sus hijos debería soportar. Además perdió a su padre, pero esa pérdida no la hizo sufrir mucho. Ninguno de los que recordaban a aquel hombre hablaba bien de él. Sahra sufrió también, junto con el resto de nosotros, durante el asedio de Jaicur.



Puede que Sahra (y el resto de los nyueng bao) hubiesen enfadado a Ghanghesha, o puede simplemente que el dios de las cabezas de elefante disfrutase de gastar bromas crueles a sus devotos. Desde luego, Kina se había echado unas buenas risas a costa de ellos.

Goblin y Un Ojo no solían estar presentes cuando Sahra invocaba a Murgén. Ella no necesitaba su ayuda, sus poderes eran limitados, pero fuertes, y esos dos podían distraerla incluso cuando trataban de comportarse.

El hecho de que los dos veteranos estuviesen allí me transmitió que algo inusual se estaba tramando. Porque son viejos, tanto que se pierde la cuenta; lo que los mantiene a flote son sus habilidades. Un Ojo, si los Anales no mienten, va de camino a los doscientos, y su adlátere joven se ha quedado casi un siglo atrás.

Ninguno de los dos es, siendo generoso, demasiado alto. Los dos son más bajos que yo y nunca fueron más altos, ni siquiera mucho antes de convertirse en viejas reliquias, lo que empezó a ocurrirles, probablemente, a los quince años. Yo no puedo imaginarme a Un Ojo siendo otra cosa que viejo; de hecho, creo que debe de haber nacido viejo y llevando el sombrero negro más feo y asqueroso que haya existido jamás.

Quizás Un Ojo sigue vivo por la maldición de ese sombrero, quizás el sombrero lo usa de semilla y su supervivencia depende de él.

Ese tosco y apestoso trozo de fieltro harapiento va acabar en la hoguera más cercana antes de que al cadáver de Un Ojo le dé tiempo a enfriarse. Todo el mundo lo odia.

Goblin le tiene particular asco a ese sombrero y lo menciona cada vez que él y Un Ojo se pelean, lo que ocurre casi siempre que se ven.

Un Ojo es pequeño, negro y arrugado. Goblin es pequeño, blanco y arrugado y tiene la cara de un sapo seco, y Un Ojo se lo recuerda cada vez que se pelean, lo que suele ocurrir siempre que tienen espectadores, pero nadie se mete entre ellos.

A pesar de todo esto, ponen todo su empeño en comportarse en presencia de Sahra. Esta mujer tiene un don, saca lo mejor de cada uno, a excepción de su madre, aunque el Trol es mucho peor lejos de su hija.

Afortunadamente, no vemos mucho a Ky Gota, las articulaciones le duelen demasiado. Tobo ayuda a su cuidado, ya que nosotros explotamos cínicamente la especial inmunidad de la que goza ante sus improperios. Ella adora al chico, incluso aunque su padre fuese carroña extranjera.

Sahra me dijo:

—Estos dos aseguran que han encontrado un modo más efectivo de materializar a Murgén, para que os podáis comunicar directamente.

—Normalmente, Sahra tenía que hablar con Murgén tras convocarlo, ya que yo no tengo un oído físico.

—Si le convocas con la suficiente fuerza como para que los demás podamos verle y oírle, entonces Tobo también debería estar presente. De repente tiene un montón de preguntas sobre su padre —respondí.

Sahra me echó una mirada extraña. No había entendido lo que yo quería decir.

—El chaval tiene que conocer a su viejo —terció Un Ojo. Se quedó mirando a Goblin esperando que este, que no conocía al suyo, le contradijese. Era su costumbre: buscar un motivo para pelear y pasar por alto nimiedades como los hechos o el sentido común. El debate sobre si valían o no todas las reyertas que causaban se remontaba a generaciones atrás.

En esta ocasión, Goblin se abstuvo; ya le rebatiría cuando Sahra no estuviese presente para avergonzarle con una llamada a la razón.

Sahra asintió en dirección a Un Ojo:

—Pero primero tenemos que comprobar que tu plan funciona realmente.

El ego de Un Ojo comenzó a inflarse. ¿Acaso alguien se atrevía a insinuar que sus hechizos necesitaban trabajos de campo? ¡Venga ya! Ya podían olvidarse de lo ocurrido anteriormente: esta vez...

Interrumpí sus pensamientos:

—No empieces.

El tiempo le había jugado una mala pasada a Un Ojo y su memoria ya no era de fiar; es más, últimamente tenía tendencia a quedarse dormido en mitad de las reuniones o a olvidar lo que le había motivado cuando se lanzaba a despotricar sobre algo. A veces terminaba contradiciéndose.

Aunque aún se las arreglaba solo, era la sombra de la vieja y desgastada reliquia que había sido cuando lo conocí. Sin embargo, a mitad de camino de algún viaje era probable que olvidase dónde estaba. A veces eso estaba bien, ya que era Un Ojo, pero en general era una pesadez. Normalmente, y cuando era importante, Tobo era el encargado de mantenerlo enfocado en la dirección correcta. Un Ojo también adoraba al chaval.

La creciente fragilidad del apocado hechicero facilitaba mucho que lo mantuviésemos dentro, lejos de las tentaciones de la ciudad. Un solo momento de indiscreción podía matarnos a todos y Un Ojo nunca llegó a captar lo que significaba ser discreto.

Goblin se rió al ver a Un Ojo agachar las orejas y yo sugerí:

—Vosotros dos, ¿podrías concentraros en lo que se supone que debéis estar haciendo? —Me acosaba el terror a que un día Un Ojo se quedase dormido en medio de un encantamiento mortal y nos dejase a todos hasta el cuello de demonios o insectos chupasangre angustiados por haber sido capturados de alguna ciénaga a mil kilómetros de aquí—. Esto es importante.

—Siempre es importante —refunfuñó Goblin—, incluso cuando es un «Goblin, échame una mano, soy demasiado vago para sacarle brillo a la plata yo solo», hacen que suene como si fuese el fin del mundo. ¿Que siempre es importante? ¡Hmmp!

—Ya veo que esta noche estás de buen humor.

—¡Graj!

Un Ojo saltó de su silla y, apoyado en su bastón, murmurando comentarios no muy halagadores sobre mi persona, se desplazó hasta Sahra. Había olvidado que antes yo era una mujer y cuando lo recordó fue un poco menos desagradable conmigo, aunque yo no espero un trato especial por haber tenido esa mala suerte de nacimiento.

Un Ojo se volvió peligroso de un modo totalmente nuevo el día que adquirió ese bastón. Lo usaba para azotar o poner la zancadilla a la gente.



Siempre se quedaba dormido aquí o allí pero nunca podías estar seguro de que lo estuviese de verdad, y si lo estaba fingiendo, su bastón bien podía salir disparado y enmarañarse entre tus piernas.

Lo que nos aterraba a todos era que Un Ojo no fuese a durar mucho más. Sin él, nuestras probabilidades de seguir pasando desapercibidos caían en picado. Goblin seguro que se esforzaría en poner de su parte, pero él era solo un hechicero de poca monta. Nuestra situación en aquel momento precisaba del trabajo de más de dos en la flor de la vida.

—Empieza ya, mujer —espetó Un Ojo—. Goblin, saco de mocos de escarabajo inservible, ¿vas a traer todo eso? No quiero estar aquí pasmado toda la noche.

Sahra tenía una mesa preparada para ellos (ella no utilizaba esa clase de objetos de atrezo) y a una hora determinada se concentraría en Murgén. Normalmente establecía contacto con rapidez. En «esos días del mes» en que su sensibilidad descendía, cantaba en nyueng bao. A diferencia de algunos de mis hermanos de la Compañía, yo soy negado para los idiomas: el nyueng bao, básicamente, se me escapa. Sus canciones parecen ser nanas, a no ser que las letras tengan un doble sentido, lo que es perfectamente posible. Tío Doj habla siempre utilizando acertijos, pero se empeña en decir que lo que dice tiene perfecto sentido, lo único que tenemos que hacer es escuchar.

Tío Doj no suele estar presente, gracias a Dios. Tiene su propia agenda, a pesar de que ya ni él mismo parece tener muy claro en qué consiste. El mundo sigue girando a su pesar, no siempre del modo que a él le gusta.

Goblin acercó el saco de objetos sin desafiar los pésimos modales de Un Ojo. Últimamente es más condescendiente con él, aunque sea solo por ganar en eficiencia, claro que no perdería el tiempo en dar su opinión si no tuviese que ver con el trabajo.

Incluso mientras trabajaban juntos, se pusieron a discutir sobre dónde colocar cada instrumento que sacaban. Me entraron ganas de darles unos azotes como si fueran niños de cuatro años.

Sahra se puso a cantar. Su voz era preciosa, no debería haber sido enterrada de esa manera. Hablando con propiedad, no estaba empleando la nigromancia, ya que no estaba coaccionando totalmente a Murgén ni invocando su sombra, porque Murgén seguía vivo ahí fuera. Lo que ocurría era que su espíritu, cuando lo invocaban, podía escapar de su tumba.

Yo pensé que ojalá se pudiera invocar también a los demás Tomados, especialmente al capitán. Necesitábamos algo de inspiración.

Lentamente se fue formando una nube de polvo alrededor de Goblin y Un Ojo, quienes estaban de pie en lados opuestos de la mesa. No, no era polvo, y tampoco era humo. Metí un dedo y la probé: era una fina y fría bruma. Goblin le dijo a Sahra:

—Estamos preparados.

Ella cambió el tono, empezó a sonar casi zalamera y yo pude cazar aún menos palabras.

La cabeza de Murgén se materializó entre los dos hechiceros, temblando como un reflejo sobre un estanque de aguas rizadas. Yo me quedé

estupefacto, no por el hechizo, sino por el aspecto de Murgen: estaba exactamente igual que como lo recordaba, sin un surco nuevo en su cara, mientras que ninguno de nosotros seguíamos igual.

Sahra había comenzado a tener el aspecto que tenía su madre en Jaicur, aunque no llegaba a ser tan pesado: no tenía esos extraños e inestables andares de pato resultado de sus problemas con las articulaciones. Sin embargo, su belleza se le escapaba rápidamente. En su caso había sido un milagro, porque había escapado de la habitual característica de las mujeres nyueng bao de envejecer temprana y prematuramente. Ella no hablaba del tema, pero era algo que le preocupaba. Tenía su vanidad y se la merecía.

El tiempo es, en verdad, el más perverso de los villanos.

A Murgen no le hizo gracia que lo convocásemos. Yo temía que sufriese el mismo malestar que afligía a Sahra. Comenzó a hablar y no tuve problemas para oírle, a pesar de que sus palabras no eran más que un susurro etéreo.

—Estaba soñando. Hay un lugar... —Su malestar se esfumó y fue reemplazado por la palidez del terror. Yo supe que había estado soñando con el lugar de huesos que había descrito en sus propios Anales—. Un cuervo blanco... —Si prefería vagar por los paisajes oníricos de Kina a un momento de vida, entonces sí que teníamos un problema.

Sahra le dijo:

—Estamos preparados para el golpe. La radisha acaba de convocar el consejo secreto. Mira a ver qué están haciendo y asegúrate de que Swan está allí.

Murgen se desvaneció en la bruma. Sahra pareció quedarse triste y Goblin y Un Ojo empezaron a condenar al portaestandarte por haber escapado.

—Le he visto —les dije yo—. Perfectamente. Y también le he oído, con exactamente la misma voz que había imaginado que tendría un fantasma.

Con una sonrisa burlona, Goblin me dijo:

—Eso es porque oyes lo que esperas oír. No estabas realmente escuchando con tus orejas, ¿sabes?

Un Ojo hizo una mueca sarcástica. Nunca explicaba nada a nadie, excepto a Gota, si le pillaba escabulléndose en mitad de la noche. Entonces sí que tendría una historia tan enrevesada como la historia misma de la Compañía.

Con la voz de una mujer que finge no estar resentida, Sahra dijo:

—Puedes hacer pasar a Tobo. No va a haber ni explosiones ni fuego y solo habéis hecho dos agujeros en la encimera de la mesa.

—¡Mentira cochina! —se quejó Un Ojo—. Eso solo ha ocurrido porque aquí Cara Rana...

Sahra no le hizo caso.

—Tobo puede grabar lo que tenga que decir Murgen para que Dormilón pueda usarlo después. Es hora de que nos camuflemos. Envía un mensajero si Murgen averigua algo peligroso.

Ese era el plan y yo ahora me sentía aún con menos ganas. Quería quedarme a hablar con mi viejo amigo, pero esto era más importante que